



UN VIAJE LITERARIO

Transmutación del Ser Molecular en Energía Pura

VOLUMEN I

El Viaje de la Sombra

Guillermo Isaza Fiscó

Capítulo I

Ravennia, Cuando la Ciudad Era de Luz



Hubo un tiempo en que los cánticos medievales se entrelazaban con historias de huevos prehistóricos traídos por gitanos legendarios venidos del otro lado del mundo... y del tiempo.

En Ravennia, cuando aún era *Lucens* y no *Obscura*, los monjes del valle entonaban salmos reconfortantes al amanecer, mientras los niños, sentados sobre piedras calentadas por el sol, escuchaban a los viejos hablar de aves que nunca volaron ni habían nacido, de huevos oscuros y pétreos que latían tan lentamente, como los sueños que habían sido enterrados bajo capas de tierra milenaria.

Muchos recordaban —y algunos todavía lo decían en voz baja— que uno de esos huevos había llegado al pueblo dentro de una caja de metal bruñido, arrastrada con parsimonia por un forastero de ojos antiguos, que no parecían envejecer. Su andar empujaba sueños arcaicos, y en su espalda cargaba un fardo que no era de peso, sino de memoria.

Aquel hombre, a veces evocado en la mente de los pobladores, tenía nombre: lo llamaban con duda Melquíades. Otros, simplemente, el Portador.

Cuentan las historias que aquel huevo, envuelto en vapores de lavanda y resina, reposaba en el fondo de la Torre de las Espirales, como si aguardara algo. No se movía. No se quebraba. Pero, a veces, cuando la luna llena rozaba la piedra en cierto ángulo, una sombra ululante danzaba en su interior, moviéndose sutilmente al ritmo de la luz del astro. Su silueta era leve como el susurro de un nombre olvidado, y su pulso parecía responder a ciclos más antiguos que el tiempo.

Los ancianos que aún recordaban el suceso también contaban que ese huevo no había sido puesto ni forjado. Que simplemente apareció, una noche de viento en retroceso, cuando las estrellas titilaban como si tambalearan entre dimensiones. Nadie sabía de dónde venía, pero todos sabían lo mismo: este había llegado para quedarse y solo esperaba.

Era un tiempo en que la ciudad aún no conocía el olvido. Las palabras tenían peso. Las tumbas eran altares.

Se vivía del susurro de los sueños, del leve ondear de las estrellas, y de la remembranza nostálgica de los moradores que dormían plácidamente en el

cementerio, cuyas lápidas eran cúmulos de flores engalanadas, dispuestas con esmero sobre las piedras bruñidas.

Se decía que el huevo respondía al pensamiento puro, al soplo de la conciencia de aquel que no venía a poseerlo, sino a escucharlo. Nadie se atrevía a tocarlo. Solo una vez que una figura solitaria, envuelta en capas de polvo y sabiduría, se adentró en la torre una noche sin fecha. Lo sostuvo con sigilo, como si obedeciera un llamado más antiguo que la voluntad.

No se supo cuánto tiempo permaneció allí. Algunos aseguran que el titilar de las estrellas por un instante se detuvo. Otros, que comentaban en susurros que el huevo comenzó a cantar, tristemente.

Cuando el caminante salió, no llevo consigo el huevo. Lo había depositado en una canastilla tejida por la propia luna en su transitar, como si el astro hubiese dejado un halo de luz discreto a su paso.

El caminante como llegó partió sin despedirse, arrastrado por caminos que ya no existen, hablando en lenguas que ya no se pronuncian. Nadie lo vio llorar. Nadie lo oyó hablar. Pero donde pisaba, los árboles envejecieron más lentamente.

Desde entonces, nadie volvió a entrar en la Torre de las Espirales. Dicen que el huevo sigue allí. Silencioso. Expectante. Esperando pacientemente el regreso del caminante...

Y cuentan las historias, que aun guardan los pobladores, que, si uno se quedaba mucho tiempo en silencio, con los ojos cerrados escuchando el huevo, podrá oír — muy levemente— el rumor de esa memoria cabizbaja moviéndose bajo la tierra, en un majestuoso vaivén, como un animal quimérico que duerme, mecido por los ecos de todos los sucesos que han cimentado la historia del pueblo desde sus inicios.

Pero como todo en el mundo cambia, y las historias —cuando no se cuidan— pierden su magia...

El pueblo de Ravennia, de un día para otro, se oscureció. La niebla descendió. Los cantos se apagaron.

Y ese huevo mitológico —como las historias bien contadas, como los libros bien escritos, como las voces entonadas, como los sueños que se olvidan— se disolvió, envuelto en una bruma de silencio.

Acaso fue un sueño que, quizá, nunca debió soñarse. Un sueño del cual, quizá, nunca se debió despertar. Y al cual, seguramente, nunca se volverá.

Porque los sueños verdaderos solo se sueñan —y se viven— una sola vez.

Ravennia Lucens, antes del olvido, estaba ubicada en un valle oculto entre las montañas vascas, en los pliegues brumosos que separan España y Francia. Ravennia parecía el lugar ideal, donde confluía el tejido de los sueños y la geografía. Ni española ni francesa, ni del presente ni del pasado, convertida en un suspiro leve de piedra, praderas y cielo.

Los inviernos eran suaves, los otoños incendiaban los árboles de cobre, y los veranos abrasaban las praderas con su resplandeciente fulgor. El aire tenía un aroma avinagrado, antiguo, como el de un vino que aún guarda secretos en su fermentación.

Las noches eran en extremo limpias. Las estrellas se veían como brasas suspendidas, y los lugareños decían que, si uno miraba el cielo durante mucho tiempo, podía oír el murmullo de los que ya no estaban. Y si se prestaba verdadera atención, también se escuchaban los ecos del futuro fundiéndose con la realidad que se vivía plácidamente en el pueblo.

El sol, al amanecer, no solo iluminaba: encandelillaba. Era un fuego suave que no quemaba la piel, sino el alma. Por eso nadie dormía hasta tarde. Por eso nadie olvidaba nada y nunca dejaba de recordar y susurrar sus propios nombres.

Ravennia tenía calles amplias de piedra y canales de agua transparente que, al acariciar las rocas, producían destellos iridiscentes llenos de colores vívidos, como si un arco iris habitara en cada pliegue de la corriente. Las casas estaban construidas ordenadamente en piedra volcánica, con techos rojos cubiertos de paja y musgo antiguo.

No había tabernas, sino casas de historia y palabras, donde los sabios se reunían a compartir leyendas y silencios. Sus habitantes vivían de la agricultura, el pastoreo y la alquimia herbal.

Cultivaban azafrán, lino, avena, saúco, y una planta local llamada *kandela*, que crecía solo en zonas con niebla y se utilizaba para tintes y ungüentos místicos. Cuidaban rebaños de ovejas negras, de ojos ensoñadores y balidos guturales, cuya lana se usaba para tejer túnicas ceremoniales. Fabricaban objetos con metales recuperados de un río subterráneo al que, desde tiempos antiguos, se le había dado el nombre de Urme.

Urme, en la lengua olvidada de los primeros custodios, significaba “memoria líquida” o “rastros del alma”. Decían que sus aguas no solo brillaban con minerales, sino que arrastraban voces antiguas, fragmentos de pensamientos, secretos urdidos y disueltos en el tiempo. Beber el agua cristalina de Urme, incluso en pequeñas dosis, agudizaba los sueños y despertaba recuerdos que no eran del todo propios.

Cada luna nueva, el pueblo se reunía en el claro central del parque para participar en las lecturas rituales. Los libros no estaban escritos en papel, sino en pergamino, piedra, cera o piel. Algunos decían que había uno que siempre se narraba, hecho de sombra y viento, pero nadie sabía a ciencia cierta cómo leerlo, ni quién lo había escrito o traído.

Aunque nadie lo comentaba en voz alta —y cuando los forasteros, entre los vapores efervescentes del vino añejo, preguntaban— había un tema que todos callaban: se sabía a ciencia cierta que todo lo que sucedía en Ravennia estaba en manos de la Hermandad.

Sus miembros no tenían nombres, solo símbolos. Eran extremadamente cultos, y ejercían como sanadores, astrónomos, poetas y alquimistas. Desde lo alto de la Torre de las Espirales, vigilaban celosamente los ciclos de los astros... y los de la conciencia colectiva.

Cuando uno de ellos moría —cosa poco frecuente— no era sepultado. Su cuerpo era envuelto en linos y ungüentos ceremoniales, y entregado al lago, para que este se encargara de disolverlo lentamente bajo el reflejo de las estrellas. Dando la sensación de evaporarse lentamente como un suspiro... como si regresara a ellas.

Y fue esta Hermandad la que, en un día sin hora y sin fecha, selló un curioso pacto con un forastero que llegó desde las tierras lejanas del norte, en una noche de luna llena. No saludó al cruzar el pueblo. Solo arrastraba un fardo lleno de ilusiones perdidas y promesas sin cumplir. En el monasterio se presentó con un nombre envuelto en ecos: Melquíades.

Mucho después —y solo entre susurros, los múltiples brindis y antes de partir— confesó que venía de un tiempo aún no nacido, un futuro habitado por un escritor de imaginación desbordante, un tejedor de sueños, de cronologías cíclicas y profecías reveladas.

Dijo que, si se aprendía a leer su libro con los ojos del alma, sus palabras abrirían un umbral. Uno por donde los seres humanos, sedientos de curiosidad y saber, transformarían sus cuerpos en luz... y en energía.

Nadie le creyó. Hasta que...

Uno de los miembros silenciosos de la Hermandad era Alaric de Ravennia, boticario, creador de elixires de memoria, portador del símbolo ∴ (tres puntos en triángulo).

Su esposa era Enea Lukenia, música de voz apaciguadora y curativa, descendiente —según se cuenta— de las antiguas sabias vascas. Era intérprete de los míticos *cantos de la niebla*, nacidos en la época en que los primeros cristianos eran perseguidos, torturados y crucificados por sostener una fe nueva que apenas germinaba y no había sido contaminada y tergiversada por líderes sin escrúpulos y ávidos de poder. Guardaba celosamente una lira construida con hueso de ciervo y cuerdas de luna seca, con la cual entonaba melodías que, decían, podían calmar el alma atormentada y atenuar el murmullo inquieto del bosque.

Fue en una noche agitada y tormentosa que ambos, en un mismo sueño, comprendieron que Lukenia estaba encinta. Y que el niño por venir recorrería incansablemente los vericuetos de la literatura y la alquimia interior, buscando la manera de transformar el cuerpo en luz y energía.

Vivían en la última casa del este, al borde del bosque donde crecía profusamente la planta *kandela*. Curiosamente, era el único lugar del pueblo donde la niebla jamás se retiraba del todo.

Cuando el niño nació, fue bañado ceremonialmente por primera vez en agua de estrellas. Lo llamaron Aelius, nombre antiguo que, en la lengua de los sabios solares, significaba “hijo de la luz” o “aquel que pertenece al sol”.

Desde muy pequeño, comenzó a comunicarse con los lugareños en un idioma que nadie le había enseñado.

Un día sin previo aviso, y sin que nadie supiera por qué, una densa niebla —con sus fauces abiertas y hambrientas— comenzó, en una madrugada de otoño, a descender desde el horizonte. Primero cubrió las montañas, luego se deslizó hacia el lecho del río e invadió los campos primorosamente cuidados. Paulatinamente, se fue adentrando por las calles empedradas del pueblo, escurriéndose sigilosamente debajo de las puertas como un manto invisible, hasta posarse, con un rumor frío, sobre los rostros de los habitantes que aún dormían a esa hora, algo inaudito, pues en Ravennia todos se levantaban antes del alba.

En ese preciso instante, las campanas comenzaron a sonar. Los nombres empezaron a desvanecerse. Las palabras y los recuerdos se deformaban a medida que los habitantes respiraban, sin saberlo, aquella niebla los fue poseyendo... envolviendo. Con el tiempo, la gente comenzó a confundir el día con la noche. Las estrellas, en un último estertor, dejaron de reflejar su luz. Y el sol se perdió para siempre en la memoria de quienes alguna vez lo amaron, sumiendo a la comarca en una niebla perpetua.

Nunca se supo si fue un castigo, una advertencia, o un olvido que fue creciendo lentamente, como el musgo que al cubrir las paredes estas dejan de reflejar su luz. Algunos dicen que fue Melquíades quien selló el velo, para proteger el fardo lleno de ilusiones perdidas y promesas sin cumplir. Otros afirman que fue la sombra de Aelius, al nacer, la que trajo consigo el olvido, obedeciendo el llamado de una orden superior.

Solo se sabe esto: desde entonces, nadie entra ni sale de Ravennia. Nadie ha oído hablar del pueblo. No figura en ningún mapa. Y, fuera de este relato, no existe palabra escrita que lo conserve.

Solo el alquimista, que dormite en la torre más alta, podrá algún día romper el hechizo. O quizás suceda cuando se cumpla la profecía inscrita en la piedra viva, la que revelara el secreto de la transmutación. Y se dice que eso ocurrirá cuando una frase escrita por Gabo resuene entre los resquicios polvorientos de ese camino que conduce a la transformación, y el eco, suave como un latido antiguo, rebote en los oídos de Aelius.

Solo cuando él logre escucharlo, Ravennia renacerá... y su memoria retornará.

CONTINUARA...